

DICIEMBRE 2004 Nº 5

MAKARONESIA

Boletín de la Asociación Amigos del Museo de Ciencias Naturales de Tenerife



**ARNOLDO
SANTOS**

NUESTRO PERSONAJE

**EL ERIZO DE LIMA
(*DIADEMA ANTILLARUM*)**

NOVEDADES CIENTÍFICAS

**ESTRATEGIAS
DE REGENERACIÓN
EN LA LAURISILVA**

MISCELÁNEA

**EL NORTE
DE ÁFRICA
TAN PRÓXIMO,
TAN LEJOS**

EL MUNDO QUE
NOS RODEA

**LAS ISLAS
SALVAJES**

EN LA MACARONESIA



Puntos calientes y *hotdogs*

Jacinto Barquín Díez

(Profesor de Zoogeografía de
la Universidad de La Laguna)

La primera vez que oí la expresión “punto caliente” fue en la década de los 70, en mi primer curso de la carrera de Ciencias, cuando el recordado Don Telesforo Bravo nos explicó en clase este curioso fenómeno geológico formador de archipiélagos. Seguía con esta idea hasta que la leí en inglés asociada a biodiversidad: *biodiversity hotspot*. La perplejidad que me produjo se disipó cuando me enteré de su significado. Más tarde, como me temía, la vi traducida al español como “punto caliente de biodiversidad”. A fuerza de oírla y leerla en artículos divulgativos y trabajos dedicados a la conservación de la Naturaleza, esta frase se extiende y trata de colarse en nuestro idioma, pero, como expongo a continuación, es engañosa pues tiene un significado distinto a lo que parece.

En 1963, el geólogo canadiense J. Tuzo Wilson atribuyó la formación del archipiéla-

go de Hawai a la existencia de un “punto caliente”, *hot spot* (u *hotspot*) en inglés, en el interior de la Tierra. Al moverse la corteza terrestre sobre este foco inmóvil de magma se produce, al cabo de millones de años, un rosario de islas, tanto más antiguas cuanto más alejadas se encuentren de este punto. La teoría de Wilson se aplicó a otros archipiélagos y hoy no se pone en duda que sea el proceso mediante el cual se generan algunos grupos de islas, como el de Galápagos; sin ir más lejos, existen algunas teorías sobre el origen de las islas Canarias en las que los puntos calientes juegan un papel importante.

En 1988, un equipo de científicos liderado por el biólogo británico Norman Myers definió el concepto *biodiversity hotspot* como una nueva estrategia de conservación de la Naturaleza. Tal estrategia consiste en concentrar los esfuerzos de conservación sobre aquellas zonas que cumplan una doble



El *biodiversity hotspot* de la cuenca mediterránea, en el que se encuentra Madeira y Canarias. Con permiso de Conservation International, Washington (<http://www.biodiversityhotspots.org>).

condición: contener una gran cantidad de endemismos y, además, estar gravemente amenazadas por la intervención humana. Su idea caló con fuerza entre los especialistas dedicados a la conservación de la biodiversidad, pues proporciona un criterio racional y preciso de selección de lugares amenazados, mediante el cual no se diluyen los escasos recursos disponibles en la protección de áreas más extensas o menos necesitadas. Más tarde, teniendo en cuenta esta estrategia conservacionista, el equipo de Myers designó 25 *biodiversity hotspots* en todo el mundo. En la Macaronesia, tanto Madeira como Canarias están incluidos en una de estas 25 zonas, en la denominada cuenca mediterránea por el equipo de Myers (ver la Fig. 1). El sentido que le dio Myers a *hotspot*

fue el de “zona conflictiva” o algo por el estilo (como veremos más adelante), y no tiene nada que ver, pues, con el que le dio el geólogo Wilson a su foco de magma.

Dos de los requisitos que ha de cumplir un territorio para tener el dudoso privilegio de ser designado *biodiversity hotspot* es albergar al menos 1.500 especies de plantas endémicas y haber perdido más del 70 % de su hábitat original por obra y gracia del desarrollo humano, no por causas naturales. Es decir, los *biodiversity hotspots* son como “zonas catastróficas”, en las que el hombre es el agente causante de la degradación de su entorno natural. Resulta obvio, pues, que la inclusión de una región en esta lista supone un gran descrédito para



los organismos encargados de la custodia de su patrimonio natural y el reconocimiento internacional de su fracaso.

Me parece desafortunada la traducción literal “punto caliente de biodiversidad” de la expresión inglesa *biodiversity hotspot* (a veces escrita *hotspot of biodiversity* y otras *hotspot biodiversity*), por lo que tiene de confusa y engañosa. El término es, como hemos visto, preciso y no se corresponde con los lugares que tienen, sin más, una biodiversidad fuera de lo común, ni tampoco con los que son un importante foco de irradiación de especies. Admitir que aquí *spot* se traduce por “punto” y no por “sitio”, “lugar” o “región” ya es una concesión a la inexactitud, porque ¿cuándo se ha visto que la cuen-

ca mediterránea sea un “punto”? Aún con más esfuerzo se le da a “caliente” el significado de “conflictivo” o “problemático”, a pesar de que estas acepciones figuren en el Diccionario de la Real Academia Española. Con este mismo sentido aparece en “se prepara un otoño caliente”, en donde se entiende por el contexto que el otoño no va a ser más cálido de lo normal, sino colmado de dificultades y problemas.

Según los diccionarios, el adjetivo inglés *hot* tiene muchas acepciones, como “caliente”, “excitante”, “conflictivo”, “picante”, “atrayente”, “intenso” y “violento”, por lo que no es de extrañar la multitud de palabras combinadas en las que interviene. Por su lado, *spot* puede significar tanto “mancha” como “lugar” o “punto”. Las acepciones más frecuentes para la combinación de ambas palabras (*hot spot* u *hotspot*) son “una zona en donde existe un grave peligro de guerra” y “el sitio donde se da un intenso calor, radiación o actividad”. También se usa en el lenguaje coloquial para designar a “un lugar popular y dinámico dentro de una zona de menor actividad”; el ejemplo que encontré fue el de Manhattan como un *hotspot* dentro de Nueva York.

Una simple búsqueda en Internet me proporcionó nada menos que 866.000 citas de *hotspot*. Al cabo de algunos minutos de navegación por la red llegué a la conclusión de que esta palabra es una especie de muletilla utilizada por los angloparlantes para conferirle la vaga cualidad de interesante, atrayente o sugerente a un lugar o cosa, además de la más precisa de caliente en el sentido termodinámico del término. Algunas referencias que me salieron primero tienen este último significado, como el punto caliente de Wilson, los restos luminosos que dejan las supernovas tras su explosión, las

fuentes de intenso calor que existen en el satélite joviano Io y el fenómeno que origina la Gran Mancha de Júpiter. También se llaman *hotspots* las zonas de la pantalla de un ordenador en donde el ratón puede ejercer alguna acción. En las demás citas de *hotspot* en la Web se usa como adjetivo para destacar de forma inconcreta las cualidades de las cosas a las que se aplica, como bañeras, teléfonos móviles, supermercados, tiendas de animales, empresas de telecomunicaciones, casinos, portales de Internet –algunos pornográficos– y programas de ordenador, entre otras muchas. Para estos casos se hace difícil encontrar una traducción de *hotspot* que no sea simplemente “interesante”.



Otro motivo para mirar con recelo a la traducción de *marras* es que carece de la rotundidad sonora y la brevedad caligráfica que sin duda posee el original. Conociendo la predilección de los angloparlantes por este tipo de palabras, ¿no será que les gusta tanto el bisílabo *hotspot* por su cortedad y sus características sonoras? Este pretexto es tan legítimo como cualquier otro, pero no funciona en nuestro idioma. Otro ejemplo de palabra compuesta formada por dos monosílabos de pronunciación redonda, que curiosamente también tiene forma de bicicleta (con las dos oes a modo de ruedas), es *hotdog*, en donde vuelve a aparecer la ubicua *hot*, esta vez atada a un animal. Su traducción literal “perro caliente” (o “perrito caliente”) está arraigada con fuerza en el español, aunque se utilice para nominar nada menos que ¡a una especie de bocadillo de salchicha! La primera vez que leí en español lo de “punto caliente de biodiversidad” exclamé: ¡Ya anda suelto otro perro caliente! Seguramente se debió a la semejanza de las dos palabras, pero confieso que no lo pude evitar.

A diferencia del *hot spot* de Wilson, en este caso Myers empleó una expresión que no debe traducirse literalmente. La comodidad, no el sentido común, indujo a utilizar la engañosa y facilona traducción literal, pues aunque “punto caliente” tenga sentido, junto con “biodiversidad” significa otra cosa. Al menos, claro está, que aceptemos el estúpido anglicismo de “punto caliente”, a pesar de que aquí ni *spot* significa “punto” ni *hot* “caliente”. Sería como coger el rábano por las hojas dos veces seguidas.

Como alternativas más ajustadas al concepto de Myers se podrían encontrar muchas, como “zona de conflicto conservacionista”, “zona catastrófica de biodiversidad comprometida”, “lugar de protección prioritaria” o cualquier otra que no coincida con la ya consagrada por el uso y cargada de sentido que le dio el geofísico Wilson. Otro significado, como hemos visto, puede ser el de “zona antañón muy rica y diversa, degradada por la actividad humana, debido al fracaso (reconocido internacionalmente) de las medidas dedicadas a protegerla”. Estoy seguro que los especialistas en la conservación de la naturaleza que se expresan en español conocen el verdadero sentido de *biodiversity hotspot*. A los que tienen la responsabilidad de difundir estas ideas les pido un pequeño esfuerzo para traducir este interesante concepto sin quitarle su verdadero significado. Todos saldremos ganando.

N. B. Se puede encontrar información sobre los *biodiversity hotspots* en <http://www.biodiversityhotspots.org>, y sobre el fenómeno geofísico de los *hotspots* de Wilson en <http://pubs.usgs.gov/publications/text/>.